

Este pensamiento, común á todas las sectas, es causa de que, en nuestra patria, se proscriba, hace más de sesenta años, la libertad de enseñanza. En política se halla de moda la centralización; en materia docente, la *Universidad*. La Iglesia, piensan los universitarios, no vivirá siempre y nosotros heredaremos su posición. Vale más aguardar que arriesgarse á perderlo todo. ¡Así, impugnando á la Iglesia, procúrase organizar el monopolio! No se pretende una pedagogía que formaba al hombre para sí mismo, manumitiéndole de prejuicios, dogmatismos y utopías trascendentales. Témesese que, siendo libre el espíritu de la juventud, careciesen de empleo los genios que se arrojan la dirección de la edad viril. La degeneración del niño es la garantía del servilismo del adulto.

En otro estudio trataremos la enseñanza industrial (1).

(1) EL TRABAJO, en este mismo tomo.

CAPÍTULO IV

El hombre en el seno de la Naturaleza

XXVII

Hasta aquí hemos estudiado las costumbres de la humanidad como integrando una sección aparte en la constitución del universo.

Empero la razón asevera—es una de las más sublimes intuiciones de la filosofía moderna—que la moral humana forma parte integrante del orden universal; así, pues, á despecho de ciertas disonancias, más aparentes que reales, que la ciencia debe aprender á conciliar, las leyes de una son también las de la otra.

Bajo el punto de vista superior, el hombre y la Naturaleza, el mundo de la libertad y el mundo de la fatalidad, constituyen un todo armónico; la materia y el espíritu son de acuerdo para formar la humanidad y cuanto la rodea con los mismos elementos sujetos á idénticas leyes. Monumento indestructible, cuyos fundamentos suministra el universo y que tiene por pedestal la Tierra y por estatua el hombre.

XXVIII

Aplicando á la economía y la Justicia este criterio, guiamos á soluciones tan importantes como desapercibidas.

Sin inquirir si las diferentes razas proceden del mismo tronco, cómo después, bajo la influencia del clima, han recibido sus respectivas fisonomías, es cierto á lo menos que cada una puede y debe ser considerada como indígena en el medio donde vive, no de otra suerte que las plantas que crecen y los animales que viven.

Por este *indigenato*, el hombre y la tierra son inmanentes entre sí, es decir, no encadenados como el siervo y la gleba, sino dotados de las mismas cualidades, de iguales energías, y si se nos permite, de análoga conciencia.

Tal asevera este principio de economía y derecho, en cuya virtud no será menester en lo sucesivo agotar los recursos de la controversia: *La tierra pertenece á la raza que nace en ella*, no pudiendo ninguna laborarla según ella reclama. Jamás el caucásico ha podido perpetuarse en Egipto; no triunfan mejor nuestras razas del Norte en Argel; el anglosajón cambia de fisonomía en América y se transforma en un pielroja. Los cruzamientos, lejos de destruir el indigenato, lo remozan y vigorizan, se halla fuera de duda hoy que las sangres se mezclan, empero no se *fusionan*; siempre una de las razas acaba por tornar á su tipo primitivo y absorber á la otra.

Dedúcese fácilmente de este parentesco de la raza y del suelo, fundamento de toda propiedad territorial colectiva, la *posesión individual*, sujeta desde luego á condiciones extraordinariamente más complicadas que la posesión nacional.

Por último, la posesión colectiva é individual nos lleva á un tercer principio, entrevisto mejor que definido por los antiguos legisladores, sacrificado por todos los utopistas, y que la sociedad moderna se halla á punto de perder, á despecho de sus esfuerzos desesperados por retenerlo: hemos nombrado la *transmisión hereditaria*.

El hombre y la tierra pueden decirse mutuamente como la pareja del *Génesis*: *¡Hueso de mis huesos y carne de mi carne!* Vinculados por el matrimonio, solidarios en su destino y en sus costumbres, producen en común sus generaciones, difícil es precisar cuáles, si los

hijos de la mujer ó los productos del suelo, pueden ser reputados más justamente hijos de la tierra ó hijos de la humanidad.

La religión debía refrendar solemnemente este viejo contrato; empero en este como en otros muchos extremos, la fe interviene para poner al hombre en contradicción con la moral.

Imposible pensar que la Iglesia tropieza, por casualidad, á diario, en su camino, la Revolución. *Et lux in tenebris lucet*, escribe Juan. ¿Si la luz brillara por doquier con igual intensidad, ó los cuerpos no proyectasen sombra ó fuesen transparentes, ¿cómo percibiríamos la sensación de luz? Así también, sin el divorcio de la conciencia, ¿cómo comprenderíamos la libertad? Sin las ficciones de la teología y las exhibiciones del culto, ¿cómo descubriríamos la moral? Sin la Iglesia, ¿cómo habría surgido la Revolución? Sin el cristianismo, nunca hubiéramos sabido en qué consiste la posesión de la tierra, que sustituimos por el divorcio de la propiedad.

XXIX

El cristianismo es la religión del divorcio universal, del antagonismo irreconciliable, del aislamiento absoluto, de las abstracciones imposibles.

Después de haber separado el espíritu de la materia, como el Dios del *Génesis* separa las aguas de los continentes secos, la luz de la sombra; luego de discernir las almas de los cuerpos, plantear el principio del bien en oposición al principio del mal, situar el cielo por cima de la tierra, crear en el hombre una doble conciencia é instituir ese sistema de hipocresía que hace de Tartufo un bienaventurado y de Sócrates un réprobo, divorcia el hombre de la Naturaleza para que, además de ser

infeliz en su conciencia, vague errante y sin bienes propios sobre la Tierra.

¡La Tierra! El cristiano no puede amar esta tierra sagrada, que los antiguos veneraban tiernamente y que representa para nosotros casi toda la Naturaleza. El cristiano es incapaz de amar la tierra, poseerla, gozarla en legítima cópula, con ese amor fecundo que caracteriza el alma humana: tanto implicaría impiedad, panteísmo, retroceso á la idolatría primitiva; todavía peor, una recaída en el caos, en el politeísmo.

El odio del mundo exterior es esencial al cristianismo: deriva del mismo dogma de la creación y de las antinomias suscitadas por éste.

El cristiano, aleccionado por la Biblia, considera la tierra—é igualmente el sol, la luna y todos los mundos siderales—como algo muerto, vil materia, instrumento de las divinas manifestaciones, empero sin nexo alguno con el Ser Supremo, ni por ende con el alma del hombre, su inmortal engendro.

Siendo así la relación afirmada por la religión entre Dios y el universo, tal deberá acaecer también lógicamente entre el hombre y la tierra. Nos lo dice la revelación. ¿Por qué el Decálogo veda adorar cuanto brilla allá en el cielo ó es acá sobre la tierra, sino porque el cielo y la tierra, y cuanto existe en ellos, son criaturas, obras de fábrica, sin vida propia, sin voluntad, sin inteligencia, hasta sin substancia? En el fondo, no son más que bagatelas.

¿Hemos de prestar atención á una naturaleza que Dios define, no como parte de El mismo, sino como obra de sus manos?

¿Cómo consideraremos á una madre, una nodriza, una hermana, una esposa, cuando El, que es su padre, apenas se digna tocarlas con el pie?

La tierra y cuanto es en ella pertenece á Jehová, dice el salmista: *Domini est terra et plenitudo ejus*. Y ¿qué uso se hace de esta tierra, cantor sublime de las grandezas de Dios? ¡Admirad la respuesta del israelita: «Jehová, señor de toda la tierra, ha elegido un rincón, el monte Moriah, para que allí se le erija un tem-

plo, desde donde emitir sus oráculos»! Empero, *quis ascendet in montem Domini?*

La relación entre Dios y el universo visible, por tanto, es, según el criterio cristiano, la de un amo absoluto sobre su propiedad: justamente lo contrario de lo que afirman el fetiquismo, el panteísmo, el animismo y todos los sistemas que, sin negar en rotundo la Divinidad, propenden á catalogarla en el concierto de los seres. Imposible plantear de nuevo hoy estas añejas teorías, cuya antítesis es el cristianismo; empero la antítesis, siendo por sí misma sólo un tono de la idea, debe correr la suerte de la tesis, salvarse ó perecer con ella: lo que implica lógicamente la insuficiencia del dogma cristiano y la falsedad de su moral.

¿Por qué el hombre es esclavo de la muerte? Porque enseña el espiritualista, es un compuesto de espíritu y barro: aquél debe volver al cielo de donde procede, éste á la masa inerte de cuyo seno surgió: *Revestatur pulvis ad terram suam unde erat, et spiritus redeat ad Deum qui dedit illum*. ¡La tierra causa primera de nuestra mortalidad! ¡Qué metafísica!

Así el sacerdocio nada descuida para acuciar el desprecio del creyente hacia esta vieja madre; sabe que es una rival formidable.

¡Que la tierra te sirva de morada de maldición—se lee en el Génesis—; que no produzca más que abrojos y espigas! Díganlos quienes han recorrido los parajes citados en el relato bíblico, si parece que la maldición ha caído sobre ellos.

La tierra es un *valle de lágrimas*; debemos desear de todo corazón salir de él.

El *Eclesiastés* narra los goces de que la Naturaleza satura al hombre; examina las maravillas de la creación y repite á cada una su lúgubre estribillo: *¡Vanidad!* De vanidad en vanidad aboca á esta frase, revelación del secreto de su tristeza: «Acuérdate de tu Creador», *Memento Creatoris tui*. El Dios de la Biblia no puede ser más tétrico.

El cristianismo insiste sobre tal desolación:

«Si quieres ser perfecto—dice Jesús al rico—*ve á tu*

casa, vende lo que posees, repártelo á los pobres, coge tu cruz y sígueme.»

El imperativo *coge tu cruz* en boca de Jesús antes que la cruz fuese el símbolo de la secta, indica suficientemente que no es el Galileo quien habla, sino la Iglesia, hija de la sinagoga, legítima descendiente de Aarón y Esdras.

«Ateorad—predica en otra parte—en el cielo, no en la tierra; allí no son de temer la herrumbre ni los ladrones.»

Por doquier aparece esta teoría del *desprendimiento*. No es sin motivo el odio de los ricos, que atrajo á la secta un contingente enorme de miserables; así lo testimonia Santiago en el cap. V de su Epístola católica. Empero el fondo de la doctrina es el odio de la riqueza, el odio del vivir cómodo, el odio de la posesión territorial; odio fundamentado sobre el divorcio teológico de Dios y de la Naturaleza, del alma y del cuerpo.

«¿Qué es la muerte?—léese en el Pensadlo bien—. Es una separación general de todas las cosas de este mundo. Sonado el fatal momento, no habrá para vosotros placeres, ni honores, ni parientes, ni riquezas, ni amigos. (¡No habrá nadie más que el cural!) Disponed de todos los bienes del mundo; ellos no os acompañarán más que hasta el borde de la tumba. Un sudario y un féretro: he aquí lo que llevaréis de esta vida. ¡Pensadlo bien!»

Los misioneros no se cansan de presentar ante sus auditorios este fúnebre cuadro, cuyo objeto final se prevé fácilmente:

«Si la muerte debe privarnos para siempre de los bienes pasajeros de este mundo, de los que apenas gozamos algunos años, ¿por qué procurármolos tan oficiosamente? ¿Por qué aficionarnos tanto á ellos? ¿No sería mejor ofrendárselos ya en vida á Dios?»

Es decir, á la Iglesia, ¿no es cierto? En efecto, lo que es malo para el hombre es bueno para la Iglesia; el primero pasa como la sombra; la segunda no muere; Dios le ha conferido el dominio y la propiedad del mundo entero.

¿Qué historietas sazonan la moral del *Pensadlo bien!*
«El gran Saladino, antes de morir, ordenó á su abanderado que colgase de una lanza el estandarte que habia de servirle de sudario, para enseñarlo á todos como prenda del triunfo de la Parca sobre un príncipe tan esforzado, voceando: «He aquí todo lo que el gran Saladino ha lucrado de sus conquistas.»

Si tal hizo Saladido, fué un imbécil, sin que esto signifiquemos que no lo fuera durante toda su vida. No impugnaremos los ejemplos de Carlos V, San Francisco de Borja, Antíoco, Baltasar, del príncipe indio Josafat y de otros varios, copiados del *Conde de Valmont* y de los Padres. Tan absurdas rapsodias circulan con la *aprobación del Ordinario*.

XXX

¿Merece la tierra—dice á sus hijos la Iglesia—que os afanéis tanto por poseerla? ¿Es digna de vuestro amor? Hombres de un día, ¿qué os importa que, durante vuestra breve vida, se inscriba á vuestro nombre ó al de otros un fragmento del suelo? ¿Qué encantos os ofrecen el cieno, las piedras, los zarzales? ¿Coméis tan vil materia? ¿Habréis de erigirla en vuestra reina y señora? ¿Qué puede haber de común entre el hombre, ser espiritual, creado para amar y servir á Dios, y la tierra, apta á lo sumo para germinar los pastos de vuestro ganado, vuestro pan, y que ha de cubrir un día vuestro cadáver?

Este raciocinio á lo Séneca ha sido causa de que el hombre haya perdido el sentimiento de la Naturaleza: apártase de ella como de inmundo lodazal. En vez de ese amor innato que todo ser viviente profesa á los objetos que usa á diario, hase inculcado al hombre sentimientos absurdos, hábitos extraños; por haber agravia-

do la Naturaleza, vemos acentuarse de día en día en nosotros mismos la bancarrota de la inteligencia y la justicia.

Ante todo, la inteligencia.

El filósofo cristiano es incapaz, entretanto permanece en la fe, de elevarse hasta una noción exacta del orden en el universo, y consiguientemente de la ciencia.

En efecto, de que el mundo ha sido CREADO, deduce que su creación obedece á un fin sobrenatural: hallarse siempre en relación con el principio del ser y su expresión complementaria. Toda filosofía, por tanto, que inquirese el fin del universo en él mismo, sería en pugna con el principio espiritualista, tan osadamente formulado por Descartes y del que la fe ortodoxa no es más que la evolución.

En opinión del teólogo, el mundo no es, no puede ser otra cosa que un monumento elevado por el Ser Supremo á su propia gloria, un testimonio continuo de su existencia; es un libro en cuyas páginas se lee reiteradamente el nombre de Dios. Tal es el concepto de Bossuet, Fenelón, Bonnet y de cuantos, colocando fuera del mundo el principio ó la causa eficiente de éste, son impotentes para asignarle razón ni fin, viéndose forzados, en todos los órdenes, á atribuirselo á Dios. De aquí dedúcese que el mundo debe ser reputado como un todo frágil y contingente, que subsiste de momento porque lo vigoriza el soplo de Dios, cuya mano impide que se precipite en el vacío. Suponer, conforme ha evidenciado Laplace, que el universo vive por sí mismo y que sólo ha menester, para producir sus innúmeras maravillas, de muy reducidos elementos, vale tanto como anular la Divinidad, y con ésta la religión.

De esta absurda idea de una finalidad ultramundana del mundo, ó de la no existencia en sí y por sí del universo, surge la opinión del fin del mundo, que la exuberante fantasía de Ovidio suscita por vez primera del cerebro de Júpiter. «Júpiter—dice el poeta—, viendo los crímenes de los hombres, dispuso, de acuerdo con los dioses, castigarlos lanzando sobre ellos sus rayos. Empero reflexionó que corría el riesgo de incendiar el cielo

y que desde luego vendrá un día en que, cumplidos los destinos del mundo, la máquina de éste será pasto de las llamas; en su consecuencia, en lugar del fuego, envió contra la tierra el agua.» La Providencia destruye á quienes no sabe gobernar: ¿valía la pena de cambiar de religión para transformar en artículo de fe esta bufa leyenda? He aquí los bellísimos versos de Ovidio:

*Esse quoque in fati reminiscitur affore tempus
quo mare, quo tellus correptaque regia celi
ardeat, et mundi moles operosa laboret.*

XXXI

Ahora bien; lo absurdo en filosofía es, en orden á la justicia, degeneración. Tal dogma, tal moral: lo que la tierra es á las ojos de Dios, eso será para el legislador.

La distinción más funesta, entre todas las suscitadas por el principio teológico, es quizá la que ha separado en el derecho civil la posesión de la propiedad.

La república romana sucumbió bajo el empuje del *derecho quirritario* de propiedad, radicalizado hasta sus últimas consecuencias é independientemente de toda posesión efectiva: análoga hecatombe amenaza á la sociedad moderna.

Ese *dominio eminente*, plagio de la omnipotencia divina, fundamentado exclusivamente sobre la voluntad, que se conserva y transmite por la voluntad, que también lo arrolla en su ruina; ese *derecho de usar y abusar* que nuestro siglo mantiene á toda costa y que, sin embargo, casi impide su vida, es la causa de la emigración contemporánea y del dolor social.

La metafísica de la propiedad ha devastado el territorio francés, desguarnecido las montañas, agotado los recursos, cambiado los arroyos en torrentes, convertido

en eriales las tierras de labor: ¡todo ello con la autorización del gobierno! El campesino aborrece, por sus enseñanzas, la agricultura, y todavía más la patria: ellas precipitan la despoblación.

No se piense que esto pondrá coto á la explotación: merced al progreso incesante del pauperismo, el explotador moderno dispondrá siempre de un número más copioso de trabajadores que el de esclavos servidores de la propiedad antigua: la agricultura, evolucionando á diario, descubre en la máquina el sustitutivo de la servidumbre.

Es nuestro propósito decir que el hombre, rico ó pobre, propietario ó colono, se desvía de buen grado de la tierra. Vívase, si cabe la frase, en el aire; no se ama el terruño, como en días remotos, porque se habite sobre él, se le cultive, se respire sus emanaciones, se nutra de su substancia, se le haya recibido de los padres con la sangre y deba transmitírsele en su raza; por identificarse con su masa, su temperamento, sus instintos, sus ideas, su carácter, siendo imposible separarse de él sin morir. Repútese como un instrumento, aun menos, como una inscripción de las rentas en cuya virtud se cobra al año cierta renta. Ha desaparecido el sentimiento profundo de la Naturaleza, el amor del suelo producto exclusivo de la vida rústica, reemplazándole un convencionalismo, característico de las sociedades heridas de muerte, cuya naturaleza no se revela más que en la novela, en el paseo, en el teatro. De vez en cuando, acaeen algunos casos de nostalgia en el hogar de cándidos burgueses que, sugestionados por la lectura del folletín ó por prescripción facultativa, retíranse al campo. Al cabo de breves semanas, paréceles que viven en el destierro; odian el campo; la urbe y la muerte les reclaman.

Este divorcio entre el hombre y la tierra, cuya causa primera late en el dogmatismo teológico y en sus inconcables antinomias, se exterioriza por las prácticas más diversas, y á menudo diametralmente opuestas: la aglomeración y la división, la mano muerta, el colonato, el arriendo, el abandono del cultivo, la emigración espontánea, unas veces autorizada y otras prohibida, la trans-

formación del suelo laborable en terreno de pastos, el desmontamiento, el industrialismo, la hipoteca, la movilización, la explotación en comandita.

Adviértelo todos los economistas: la plaga que perdió antiguamente á Italia, la inmoralidad de la posesión rústica, diezma con mayor encono que entonces las naciones modernas. El hombre no ama la tierra: propietario, la vende, arrienda, fracciona por acciones; la prostituye, trafica con ella, la convierte en materia de especulación; cultivador, la tortura, viola, agota y sacrifica á su avaricia insaciable; ambos nunca logran entenderse con ella.

Hemos perdido el gusto de la Naturaleza: nuestra generación ama los campos y los bosques á la manera con que la urraca se aficiona al oro que roba. Búscalos como germen medicinal, de bucólica fantasía y como casa de salud, ó por orgullo de la propiedad, para decir: «¡Esto es mío!» Empero no sentimos esos atractivos intensos, esa vida común que la Naturaleza ha suscitado entre ella y el hombre: el siroco cristiano, cerniéndose sobre nuestras almas, las ha agostado.

Ha muerto el gigante Anteo, hijo de la Tierra, que á cada nuevo contacto con su madre, sentía acrecer sus energías. Ha sido estrangulado por el bandido, y sus hijos maldicen la gleba que les esclaviza. ¿Quién resucitará á Anteo? ¿Quién redimirá á sus hijos?

XXXII

No obstante, vibra en el corazón del hombre, merced á la naturaleza que lo encubre, un amor íntimo, el primero de todos los amores; amor que no explicaremos —¿quién nos lo explicará?—, empero amor real que, como todos los sentimientos verdaderos, tiene también su mitología.

¿Qué es, decidnos, ese culto ofrendado al Cielo, á los astros, y singularmente á la Tierra, madre inmensa de las cosas, á Cibeles, Tellus, Vesta, Rhea, Aps, sino un canto de amor á la Naturaleza?

¿Qué son las ninfas de los montes, de las selvas, de las fontanas, las hadas, las ondinas y todo el mundo fantástico, más que el cortejo del amor?

¿Personificación de las energías naturales, argüiréis, idolatría! Sea así; empero personificando las fuerzas, ó lo que tanto mata, infundiendo un alma á cada potencia de la Naturaleza, el hombre no hace más que manifestar su propia alma y expresar su amor. Idolatría, culto de las formas; he aquí precisamente la moral. ¿Por qué la Cibeles es tan buena, tan buena que se deja amar por los pastores? ¿Por qué las ninfas son tan bellas, los genios tan encantadores, sino es porque el alma humana la crea, como el Dios de la Oración dominical, de la más pura de sus afecciones?

Ahora bien; sed ciertos que el amor de la Naturaleza no pasa con la mitología, como el sentido moral no se extingue con la plegaria en el corazón del filósofo, ni el culto de la belleza se marchita ante el cadáver en el espíritu del anatómico.

¿Pensáis que cuando A. de Humboldt medía el Chimborazo, esa cifra de 6.000 metros—legua y media—destruyó en él el sentimiento de lo infinito que le embargaba en presencia de las cordilleras?

¿Imagináis que Linneo y Jussieu formulando, tras de minucioso análisis, sus clasificaciones, permanecían insensibles ante esa eterna belleza que, á cada primavera, resplandece tan profusamente en los vegetales?

Todos estos hombres son amantes, idólatras, y por ende morales, porque comenzaron por la idolatría, dignificaron tanto el culto de la ciencia, y la humanidad, en homenaje de gratitud, les coloca á su vez entre los genios y los dioses.

Empero, como el sacerdocio católico, fundamentalmente iconoclasta, insultador de las formas eternas, blasfemo de ideas, verdugo de libros, ha de reconocer esta consanguinidad del hombre y de la Naturaleza,

condición necesaria, primer grado de toda moralidad?

Si, como hemos advertido en el inicio del presente capítulo, ningún vínculo esencial común une el hombre y el mundo; si nuestra alma, radicalmente diversa de la materia, debe ser reputada como algo simple, y por tanto, amorfo, cuyo único atributo es la evolución en todos los sentidos, síguese que el hombre, reducido á la libertad más absoluta, no debe someterse bajo ninguna ley; que, análogamente al mismo Dios, que antes de crear por su omnipotencia la materia del universo había dictado en virtud de su inteligencia las leyes, no tiene otra moral que su capricho; que el hombre sobre la tierra es un tirano, ó mejor, ya que no acertaría á destruir la obra de Dios, un alma esclava y caída; que su persona no es digna sino en cuanto es religiosa; que dominando en absoluto el espíritu puro sobre la materia inerte y pasiva, no existen formas auténticas ni obligatorias para el orden económico ni para el orden político; y que lo arbitrario es el estado natural de las sociedades.

XXXIII

¿Será menester que, después de haber demostrado cómo la ley del equilibrio legitima la propiedad, evidenciamos bajo su aspecto psicológico, la posesión de la tierra, sin la que nada es la vida del hombre, como la misma propiedad no es más que una abstracción?...

Lo metafísico, lo irreal, lo puramente abstracto y nominal, no puede formar parte del orden práctico y positivo de las cosas humanas. Tal dedúcese evidentemente de nuestros axiomas: la Revolución ha dado de mano á todas las ficciones de la trascendencia. Hemos escrito en otro libro (1) que la propiedad, aunque puro

(1) *Pobres y ricos*, traducción por F. Lombardía.—Casa editorial F. Sempere y Compañía, Valencia.

concepto del yo y altiva expresión de su absolutismo, es indispensable en la economía social; empero no interviene en el comercio del género humano más que bajo dos condiciones: adaptándose á la común balanza de los valores y servicios, ó realizándose en una posesión efectiva. Sin esta doble condición es inmoral.

¡Ah! hemos reputado como algo real el poder social, esa potencia colectiva que, bajo los místicos títulos de monarquía, aristocracia, gobierno, autoridad, etc., ha sido considerada, durante un excesivamente amplio lapso de tiempo, ora potencia del cielo, ya simple creación del espíritu; hemos admitido como una ciencia positiva la Economía; la misma Justicia hásenos antojado una realidad. Tal realismo integra los fundamentos del derecho y la moral; en su virtud hemos desviado lejos de nosotros la antigua corrupción; ¡la propiedad, á pensar lógicamente, no debía ser más que una utopía, un vocablo para expresar la desvergüenza del corazón y del espíritu, una negación! Esto es absurdo, inadmisibile.

Aseveramos, por consiguiente, que si la propiedad es, y debe serlo, algo real, lo es por esa posesión, que el Código y la Jurisprudencia distinguen rotundamente de la propiedad; posesión que hemos defendido siempre y que ningún nexo tiene con el arcaico derecho cainita, derivado de una mirada oblicua de Jehová; posesión que vincula el hombre á la Naturaleza tanto como de ésta le separa la propiedad, de igual suerte que la vida doméstica íntima la comunión del hombre y la mujer, divorciados por el placer.

No es suficiente, para el éxito del labrador y para que la felicidad acaricie sus días, que posea las nociones generales de su arte, de las diferentes clases de terreno, de los elementos químicos que lo constituyen; tampoco le basta el título de propietario, tan caro al humano orgullo. Precisa saber desde largo tiempo atrás, por tradición patrimonial y práctica cotidiana, de la tierra que cultiva; convivir, si se nos permite la frase, al modo de las plantas; con ella, por la raíz, el corazón y la sangre: ni más ni menos que el hombre, para cons-

tituir un hogar con una mujer, ha menester no sólo conocer la fisiología del sexo y ostentar legalmente el título de marido ó siervo, sin identificarse con su esposa, poseerla de todo corazón, en absoluto, de suerte que, ausente ó presente, no piense más que en él, reflejando únicamente su acción y su voluntad. ¡Que no podamos invocar aquí el testimonio de los millones de rústicas y sencillas almas que, sin inquirir de dónde les vienen la salud y la alegría, viven en el amor de la Naturaleza, no advirtiendo que el catecismo y el Código son justamente los dos enemigos que laboran sin reposo para arrebatarnos tan excelso sentimiento!

El clero católico estudia la psicología en los seminarios; no conoce el alma del pueblo. No la ha visto surgir de la tierra, como la semilla esparecida por los vientos otoñales y recolectada en la primavera; no ha seguido, como nosotros, la eflorescencia, porque no convive con el pueblo, no pertenece, no deriva de él. Séanos lícito mostrarnos como ejemplo de esa existencia que la Iglesia, desde hace diez y ocho siglos, esfuerzase por ocultar bajo sus revocos. Por nuestra fe, que somos más interesantes que los órganos, campanarios, decorados ventanales y ojivas de la arquitectura cristiana.

XXXIV

Nuestro biógrafo censúranos:

«Primero en el colegio y más tarde en el taller, no comparte los juegos y recreos de sus camaradas; siempre aislado, desprecia los amigos, entreteniéndose, durante las horas libres del trabajo, en solitarios paseos», etc.

A no dudarlo, meditábamos ya el aniquilamiento de la familia y la propiedad. Cumplía á la imbecilidad reaccionaria que, en 1848, nos denunció como un ogro, asignarnos una juventud también de ogro, no sorpren-

diéndonos que hubiese quienes juraran habernos conocido cachorros de tales bestias.

En realidad de verdad, éramos de los doce á los veinte años algo salvajes. Empero no debe culpárenos de ello, sino al sistema cristiano que, adulterando las nociones, atrofiando los instintos, enmascara al hombre, imponiéndole sentimientos falsos en vez de aquellos que le inspira la Naturaleza.

¡Cuán fácil nos hubiera sido, borrando los siniestros tonos con que la malevolencia ha coloreado el cuadro de nuestra juventud, erigirnos en filósofos imberbes, huyendo la corrupción de las urbes y meditando á solas sobre las miserias de la humanidad!

La verdad apenas nos favorece, justamente porque es más instructiva: así deseamos á todo trance restaurarla.

Hasta los doce años hemos vivido casi de continuo en el campo, dedicados, ora á rústicas labores, ya á guardar las vacas. Durante cinco años hemos sido vaqueros. No sabemos de un vivir, á la vez más contemplativo y más realista, más antagónico al absurdo espiritualismo que integra el fundamento de la educación y de la vida cristiana, que el vivir del hombre del campo. En la urbe, nos sentíamos seres exóticos. El obrero difiere rotundamente del lugareño; no habla el mismo idioma, ni adora los mismos dioses; adviértese que es más pulido; habita el seminario y el cuartel y llega á ocupar un escaño en la Academia y el ayuntamiento. ¡Qué éxodo penosísimo hubimos de seguir en las clases del colegio, donde sólo vivíamos mentalmente, y donde, entre otros absurdos, pretendíase iniciarnos en la Naturaleza, de la que nos divorciábamos más de día en día, por las narraciones y los temas!

El campesino es el menos romántico, el menos idealista de los hombres. Abismado en la realidad, es el polo opuesto del *dilettante* y nunca ofrecerá treinta reales por el cuadro que reproduzca un admirable paisaje. Ama la Naturaleza como el niño ama su nodriza, menos atento de sus encantos, á cuyo sentimiento, sin embargo, no es ajeno, que de su fecundidad. No se exta-

siará ante las majestuosas curvas y el estupendo horizonte de la campiña de Roma; á ejemplo del prosaico Montaigne, no verá más que el desierto, los pestilenciales pantanos y la *malaria*. No imagina que existe poesía y belleza allí donde su alma sólo descubre hambre, dolor y muerte: es de acuerdo con el poeta de las *Geórgicas* que, cantando la exuberancia de los campos, no pensó, como los pedestres rimadores de nuestro tiempo, que tal vitalidad fuese un elemento antipoético. El labriego ama la Naturaleza por sus fecundas ubres, por la vida que rebosa. No la desflora con la delicadeza del artista: estréchala con nervudos brazos, como el amante del *Cantar de los cantares*: *Veni, et inebrierunt uberibus*, la goza plenamente. Leed á Michelet narrando el paseo dominical del campesino en torno de sus tierras: ¡qué íntimo goce! ¡qué amorosas miradas! Confesamos haber precisado largo tiempo é intenso estudio para saborear las descripciones del orto y del ocaso del sol, de los claros de luna y de las cuatro estaciones. Aun, á los veinticinco años, antojábanos el preceptor de *Emilio*, prototipo del género, en orden al sentimiento de la Naturaleza, más que un enteco hijo de relojero. Quienes hablan tan pulcramente, apenas gozan; aseméjense á los catadores que, para apreciar el vino, miranlo á través del vidrio del vaso.

¡Cuánto nos recreaba en aquellos remotos días revolcarnos sobre la hierba, que habríamos querido rumiar como nuestras vacas; correr con los pies desnudos á lo largo de los prados; hundir las piernas en la fresca tierra! Más de una vez, en las calurosas mañanas de Junio, nos despojamos de nuestras ropas, gozando sobre la verde alfombra un baño de rocío. Aseguramos que esta vida terrena no es la más á propósito para formar perfectos cristianos. Apenas si distinguíamos entonces el yo del no yo. El yo era, en nuestra opinión, cuanto podíamos alcanzar con la mano, con la mirada, lo que nos servía para algo: el no yo era todo lo que podía perjudicarnos ó resistirnos. La idea de la personalidad confundíase en nuestro cerebro con la del bienestar; así no inquiríamos por bajo de ella la substancia inexten-

sa é inmaterial. Comíamos hasta el hartazgo moras, manzanas, escorzoneras silvestres, garbanzos verdes, granos de adormideras, espigas de maíz, endrinas, fresones, agabanzos, frutas no sazonadas; nos saciábamos de formidables raciones de crudezas suficientes para asesinar á un burguesito educado exquisitamente, y que no causaban sobre nuestro estómago otro efecto que el de servirnos de aperitivo para el vespertino yantar. La Naturaleza no daña á los suyos.

Por desgracia nuestra, no podríamos hoy cometer tamañas picardías. Pretextando evitar las indigestiones, la administración ha talado todos los árboles frutales de los bosques. Un ermitaño sucumbiría de hambre en nuestras civilizadas selvas. Prohibese á los pobres recoger hasta las bellotas y los fabucos, segar la hierba de los senderos para sus cabras. Marchad, pobres, marchad á América y en el Oregón

... *Viteres migrate coloni!*

¡Cuántos aguaceros hemos enjugado en nuestro cuerpo! ¡Cuántas veces, calados hasta los huesos, hemos secado las ropas sobre nuestros cuerpos, al aire ó al sol! ¡Cuánto baño á toda hora, durante el verano en el río, por los días invernales en las fuentes! Siempre encaramados sobre los árboles, nos guarecíamos en las cavernas; atrapábamos las ranas en los estanques, los cangrejos en sus agujeros, á riesgo de encontrar alguna venenosa salamandra; luego, sin otro condimento, asábamos nuestra caza. Del hombre á la bestia, á todo lo que existe, hay simpatías y odios secretos cuyo sentimiento ha destruído la civilización. Amábamos nuestras vacas, empero con desigual afecto; preferíamos una gallina, un árbol, un peñasco. Habíasenos dicho que el lagarto es amigo del hombre y lo creíamos sinceramente. Empero á diario perseguíamos con enojo las serpientes, los sapos y las orugas. *¿Qué mal nos habían causado? Absolutamente ninguno.* Ignoramos por qué, mas la experiencia de los humanos nos ha inspirado un odio constante hacia ellos.

¡Cómo vertíamos copiosas lágrimas leyendo la despedida de Filocteto, tan admirablemente traducida de Sófoeles por Fenelón!

«¡Día venturoso, dulce luz, al fin te veo tras de tantos años! Te obedezco: parto después de haber saludado estos verdes prados! ¡Adiós, querida cueva! ¡Adiós, ninfas de estos verdes prados! No tornaré á oír el ronco rugir de las olas de este mar. ¡Adiós, su costa, donde el vendaval azotara tantas veces mi rostro! ¡Adiós, promontorio donde el Eco repetía mis gemidos! ¡Adiós, caras fontanas, que tan amargas me fuisteis! ¡Adiós, tierra de Semnos, dejadme partir con bien, ya que marcho adonde me lleva la voluntad de los dioses y de mis amigos!»

Acaso nos compadezcan quienes, nunca habiendo experimentado tan sugestivas ilusiones, censuran la superstición de las gentes rústicas. Aun de mayores, creíamos en las ninfas y en las hadas: aunque no echamos de menos tales creencias, séanos lícito protestar del sistema con que se las ha expulsado de nuestro corazón.

XXXV

Muy cierto que, en esta vida de plena espontaneidad, así se nos daba del origen de la diferencia de las fortunas, como de los misterios de la fe. No sentíamos hambre ni envidia. En casa del padre, desayunábamos *gachas* de maíz; á mediodía, patatas; de cena, sopa de lardo; así toda la semana. Aun á riesgo de contradecir á los economistas que panegirizan el régimen inglés, éramos, con esta alimentación vegetal, gruesos y fuertes. *¿Sabéis por qué? Porque respirábamos el aire de nuestros campos y vivíamos del producto de nuestros cultivos.* El pueblo tiene conciencia de esta verdad cuando asevera que el aire del campo nutre al labriego mejor que el pan que se come en París, y que *no satisface el hambre.*

Salvando la falta de ciencia, y no obstante nuestro bautismo, éramos algo así como panteístas prácticos. El panteísmo es la religión de los niños y de los salvajes; es la filosofía de todos los que, estacionados por la edad, la educación, el idioma, en la vida sensitiva, no han arribado á la abstracción y al ideal, que en nuestro sentir, conviene retardar en lo posible.

No pensamos como Rousseau que, temeroso de la superstición, é intentando precisamente fundamentar la fe sobre el raciocinio y la conciencia, prohibía á su discípulo que, antes de cumplir los veinte años, hablase de Dios, para entregarle más tarde á la teología: ¡excelente método para eternizar la superstición! La noción de Dios, análoga á las de substancia y causa, es primitiva, propia singularmente de las inteligencias incultas, y debe perder su imperio conforme se remontan hasta la verdadera ciencia. La metafísica no es, por sí misma, más que la superficie del saber. Dejad que los niños charlen á su capricho, hasta cansarse, de Dios, de los ángeles, de las almas, de las hadas, de los diablos, de los héroes, como de reyes y reinas; no impidáis que su entendimiento sacuda lejos de sí su muermo, condición precisa para las especulaciones positivas de la virilidad. Durante la infancia, las concepciones del misticismo, tan fácilmente aceptadas por la imaginación, sirven de suplemento y como de preparación á la razón: constituyen el primer grado de la escala intelectual, cuyo segundo peldaño es la metafísica. Procurad exclusivamente que estas concepciones, propendiendo al fanatismo, no usurpen en su corazón el lugar que sólo corresponde á la Justicia y la verdad. Sonada la hora oportuna, se desvanecerán por sí mismas, no habiendo menester sufrir por esta parte vuestra prudencia ninguna indiscreta pregunta. Pedro Leroux vocea: «¿Qué responderéis á vuestra hija cuando os pregunte: *Quién es Dios?*» ¡Ah! insigne filósofo, la interrogaremos á nuestra vez: *¿Quién es la Tarasca?*

¿Qué precisa, en efecto, para transformar los conceptos idolátricos de la infancia en filosofía social? Descubrid al joven, por la relación de las leyes y la analogía

de las formas, la cadena de los seres; saturad su inteligencia de la sublime verdad que afirma que las leyes de la Naturaleza son las mismas que las del espíritu y la Justicia, y que si ese ideal supremo que la religión denomina Dios encarna en alguna parte, es ciertamente en el corazón del hombre bueno. De esta suerte trasladaréis á vuestro discípulo desde la esfera de la sensación al orden moral.

¿Qué es, después de todo, la moral en los seres á quienes el trato de sus semejantes no ha sugerido todavía la noción exacta de las relaciones ni desarrollado su sentido jurídico, sino ese amor universal, en nuestra opinión apenas clásico y aun menos romántico, poco exquisito y sentimental, empero positivo, soberano, fecundo; donde se forma el genio, se temple el carácter, se constituye la personalidad y se extinguen la superstición y el misticismo; amor divino que no se satisface con rozar con los labios la madre Naturaleza, como la religiosa que recibe la hostia, ó como Píramo dando un ósculo á Thisbé á través de la reja del jardín?

XXXVI

A la hora de concluir los estudios, la hipoteca había devorado los campos de nuestro padre. ¡Quizá se deba á la falta de una sociedad bien organizada de crédito agrícola el que no hayamos sido de por vida labriegos y conservadores! Empero tales instituciones no funcionarán regularmente hasta que la Revolución no ponga sobre ellas sus manos... Fuerza era, pues, que eligiésemos una profesión. Dedicados á corregir pruebas de imprenta, ¿cómo queríais que invirtiésemos las horas libres de trabajo? La jornada era de diez horas. A menudo leíamos, en este lapso, de *primeras*, ocho pliegos in-12.º de obras de teología y devoción; labor excesiva,

causa de nuestra miopía. Envenenados los pulmones de aire mefítico, de miasmas metálicos, de humanas emanaciones; inquieto el corazón por una lectura estúpida, sentíamos la urgencia de marchar fuera de la urbe á sacudir tamaña infección. ¿Habéis visto á los campesinos de la misa mayor al comenzar el sermón? No de otra suerte huíamos, á través de los campos, de aquella oficina eclesiástica donde se anulaba nuestra juventud. A fin de aspirar el aire más puro, escalábamos las altas cumbres que bordean el valle de Doubs, no privándonos, siempre que ella se desencadenaba, del magnífico espectáculo de la tempestad. Agazapados en el hueco de alguna roca, gustábanos mirar cara á cara á Júpiter lanzando rayos, *caelo tonantem*, sin desafiarse ni temerle. ¿Creéis que éramos entonces sabios ó artistas? Ni lo uno ni lo otro: No acertaríamos á elegir entre el pintor que se hace atar sobre el palo mayor de un navío para mejor contemplar el huracán y el físico que descubre y encadena el rayo; entre el paisajista que, sobre un metro de tela, nos recrea con una vista de los Alpes, ó el sabio que calcula, siquiera aproximadamente, la altura del Monte Blanco. En nuestra solitaria contemplación experimentábamos otro sentimiento. Todavía integran nuestro yo, nos decíamos, el rayo y el trueno, los vientos, las nubes, la lluvia... Las buenas mujeres de Besançon acostumbran á signarse cuando relampaguea. Figurábanos hallar la razón de esta piadosa práctica en vuestro sentimiento de que toda crisis de la Naturaleza es un eco de lo que acaece en el alma del hombre.

Así fué nuestra educación, educación de un hijo del pueblo. Reconocemos que no todos poseen la misma energía para resistir, la misma actividad de investigación; empero todos se hallan dotados de análogas disposiciones. De este contraste de la vida real sugerida por la Naturaleza y de la falsa educación producto de la religión, ha surgido en nosotros la duda filosófica, poniéndonos en guardia contra las opiniones de las sectas y las instituciones de las sociedades.

Más tarde hanos precisado *civilizarnos*. Empero, ¿cómo decirlo? Lo poco que hemos aprendido nos enoja.

Advertimos que, en esta supuesta civilización, saturada de hipocresía, la vida es sin color ni sabor, las pasiones sin energía, sin libertad, la imaginación infecunda, el estilo afectado ó excesivamente sencillo. Odiamos las casas de más de un piso, donde, á la inversa de la jerarquía social, los pequeños viven en lo alto y los grandes cerca del suelo; también aborrecemos, tanto como las cárceles, las iglesias, los seminarios, conventos, cuarteles, hospitales, asilos y arsenales. Todo esto antojásenos engendro de la inmoralidad. Cuando recordamos que el nombre pagano, *paganus*, significa campesino; que el paganismo, lo rústico, es decir, el culto de las divinidades campestres, el panteísmo rural, es el último título bajo el cual el politeísmo ha sido vencido y aplastado por su rival; cuando pensamos que el cristianismo ha condenado la Naturaleza al mismo tiempo que la humanidad, nos preguntamos si la Iglesia, á fuerza de impugnar las religiones en bancarrota, no ha concluído por ser la antítesis del sentido común y de las buenas costumbres; si su espiritualismo es algo más que la espontánea combustión de las almas; si Cristo no nos ha vendido mejor que rescatado; si el Dios, titulado tres veces santo no es, al contrario, un Dios triplemente impuro; si entretanto rogáis, *Sursum*, mirando al cielo, no obráis precisamente cuanto habéis menester para ser precipitados en los abismos.

Mostradnos, sacerdotes católicos, la moralidad y la eficacia de la educación eclesiástica en orden á las inteligencias y los caracteres, á las relaciones del hogar y de ciudadanía, del mundo interior, que es la conciencia, y del mundo exterior, que es la Naturaleza: hacedlo: además de merecer bien de la civilización y del pueblo, arrancaréis—ello es más útil y no menos decisivo para vosotros—á la incredulidad su argumento Aquiles.